

PARTE CRITICA.

FR. GERUNDIO

ENMENDANDO LA PLANA Á LA ASAMBLEA FRANCESA.

En el nombre de Dios y del pueblo español, permitido sea á un humilde exclaustado, natural de estos atrasados dominios españoles, el atrevimiento de corregir la plana á los ilustrados representantes de la República francesa, de esa nación que marcha á la cabeza de la civilización del mundo, y cuyos representantes deberán ser *ipso facto* la flor y la nata y la quinta esencia de esa civilización y de esa ilustración que se proponen propagar por todo el orbe. Reconozco por lo tanto y confieso, yo FR. GERUNDIO, que deberá parecer una osadía, una audacia, una temeridad, el solo intento, el pensamiento solo, la sola idea de ponerme á dar una lección de filosofía política á hombres tan eminentes y tan grandes como los que encierra esa Asamblea. Pero si logro demostrar que este humildísimo habitante de la ruda y atrasada España, que no es nada en ella, ni siquiera representante, sino un simple FR. GERUNDIO, lo hubiera hecho mejor, si se hubiera puesto á ello, que esos ilustradísimos y proto-civilizados ciudadanos, ¿á dónde deberá ir á parar la fama gerundiana? ¡Ahí es nada lo del ojo! Y digo:

Que despues de haber encomendado la Asamblea la con-
feccion de un proyecto de Constitucion republicana á treinta
y tantos individuos escogidos de entre los de mas reputacion
literaria y política de ella; despues de haber estos ciudadanos
empleado el largo tiempo que creyeron necesitar para elabo-
rar su obra; despues de haber sido ámplia y detenidamente
examinado y discutido el proyecto con el concurso de todas
las luces reunidas; despues de darle mil vueltas y de hacerle
mil enmiendas y modificaciones, oidas ya todas las opiniones
y pareceres, fué por fin presentado á la Asamblea, como
obra acabada á la cual no faltaba mas que la fórmula de la
discusion pública y solemne, y como si dijéramos el sacramen-
to de la confirmacion.

Y este tal proyecto lleva un preámbulo ó exordio, del cual
solamente se propone mi paternidad ocuparse hoy, dividido
en ocho párrafos, que dicen asi:

I.

«La Francia, al constituirse en República, se ha propues-
to conservar en el mundo la iniciativa del progreso y de la
«civilizacion, etc.»

II.

«La nacion francesa se constituye en República, una é in-
«divisible.»

Al primer tapon zurrapas, que decimos los españoles no
civilizados. ¿Qué es primero, declarar que la nacion francesa
se constituye en República, ó declarar lo que se propone al
constituirse en República? Lógica, ciudadanos representantes;
lógica por amor de Dios. Desde que el mundo es mundo, y
hasta que deje de ser mundo, *prius est esse quam operari*.
¿No veis que cuando decis en el párrafo 2.º que la Francia se
constituye en República, la suponeis ya constituida en el pár-
rafo 1.º? Yo infinitamente menos civilizado que vosotros, pero
un poco mas lógico, hubiera dicho asi:

I. La nacion francesa se constituye en República, una é indivisible.

II. La Francia al constituirse en República, se ha propuesto, etc.

Al menos por la lógica de España os puedo garantizar que estaria mucho mejor ; miento, asi estaria bien, y del otro modo mal. Pero si la lógica francesa, ó la lógica republicana es una lógica de inversiones, en ese caso no he dicho nada.

«La Francia, decis, al constituirse en República, se ha propuesto conservar en el mundo la iniciativa del progreso y «de la civilizacion.....» Esto como fanfarronada puede pasar; como declaracion solemne puesta en un proyecto de Constitucion, antójaseme un rasgo de vanidad, que sobre no venir al caso, no les sentará muy bien á otras naciones, y entre ellas á la Inglaterra, que se precia tambien de estar en posesion de esa iniciativa, que es mas antigua que la Francia en la carrera del progreso político, y que si os pone un pleito ante el tribunal del mundo, dudo mucho que el tribunal fallára en vuestro favor. De todos modos, siendo la modestia una de las virtudes que mas realzan al hombre civilizado, celebraria mucho que tomárais la iniciativa dando egemplo de ella. Y sobre esto no tengo mas que deciros, así como tampoco sobre el resto del párrafo 1.º, sino que me alegraré que así sea.

Y dice la tercera declaracion:

III.

«Reconoce (la Francia constituida en República) los derechos y los deberes anteriores á las leyes positivas é independientes de ellas.»

Muchas gracias por la fineza. No parece sino que hacen un favor en reconocer los derechos y los deberes anteriores á las leyes positivas, que es como decir, los derechos y los deberes naturales del hombre. ¿Y quién es la República francesa, ni ninguna República del mundo, ni ningun gobierno, cualquiera

que sea, para dejar de reconocer las leyes naturales? ¡Pues podría no reconocerlas! De manera, hermanos representantes, que si ese párrafo le habeis puesto en el sentido de que la República reconoce porque no es posible dejar de reconocer los derechos y los deberes naturales del hombre, habeis puesto una sandez, impropia de unos legisladores, impropia de hombres civilizados, é impropia de un proyecto de Constitucion. Si le habeis puesto en el sentido de que la República seria libre en reconocer ó alterar los derechos y deberes naturales del hombre, habeis consignado una heregía filosófico-social, y hacéis un insulto á la humanidad, á la naturaleza y al autor de ella. Con que tomémoslo por sandez, que es la version mas favorable y benigna que puedo darlo, y vamos adelante.

IV.

«Lleva por dogma y divisa la *libertad*, la *igualdad* y la *fraternidad*.»

Sobre esto nada tengo que decir sino que son tres bellas palabras que tambien el gobierno provisional tomó por divisa y por dogma, y si os descuidais dos dedos, con esa divisa os regalan una disolucion social; con esa divisa se han ensangrentado las calles de París, y ahora mismo con esa divisa diez mil ciudadanos libres é iguales van marchando por esos mares de Dios á disfrutar de la fraternidad en las islas del Nuevo Mundo, y con esa divisa los primeros que la tomaron ó andan prófugos por el Mundo Viejo, ó no pueden andar porque los teneis encerraditos para que no los tueste el sol. Pero en fin, las palabras son buenas, y no tengo nada que decir contra ellas.

V.

«Está resuelta á respetar las nacionalidades extranjeras, casi como sabrá hacer respetar la suya: no emprenderá ninguna guerra por via de conquista, ni empleará nunca sus fuerzas contra la libertad de los pueblos.»

Soy imparcial: esta declaracion me parece muy bien, y solo me resta desear que se cumpla. Sin embargo, esto de que no emprenderá ninguna guerra por via de conquista, añójase una redundancia muy superflua, que es una redundancia doble; porque si está resuelta á respetar las nacionalidades estrangeras, claro es que no se ha de meter á conquistadora: lo uno es consecuencia precisa de lo otro, y el expresararlo es lo que llamamos en España morlés de morlés, y el morlés de morlés parece muy mal en esta clase de documentos.

VI.

«La República impone á los ciudadanos y contrae con ellos deberes recíprocos.»

Esta es una verdad de las que hubiera puesto en un proyecto de Constitucion un ciudadano muy célebre que tuvimos en España, conocido por Pero Grullo, y asi la hubiera puesto en una Constitucion republicana como en un Estatuto monárquico.

VII.

«Todo ciudadano debe amar á la patria, servir la República, defenderla aun á costa de su existencia, y contribuir para el sostenimiento del estado: tiene obligacion de procurarse el sustento por medio del trabajo y de reservarse ahorros para el porvenir: está obligado á concurrir al bienestar comun socorriendo fraternalmente á sus semejantes, y al orden general, observando las leyes morales y las leyes escritas que rigen á la sociedad humana, á la familia y al individuo.»

Los mandamientos de la ley de Dios son diez; el 1.º amar á Dios sobre todas las cosas; el 2.º no jurar su santo nombre en vano; el 3.º santificar las fiestas; el 4.º honrar padre y madre, etc. Si se propusieron hacer un pequeño compendio de moral, mas sencillo era decir: «todo francés está obligado á observar los mandamientos de la ley de Dios y á ejercer las

obras de misericordia.» Si se propusieron consignar deberes políticos, no sé yo qué derecho tenga ninguna república para imponer á un ciudadano la obligacion de hacer ahorros, ni por qué medios le podria obligar á ello.

VIII.

«La República está en el deber de proteger al ciudadano, «su persona, su familia, su religion, su propiedad y su trabajo, etc.»

Estimaría, yo FR. GERUNDIO, á los autores del proyecto de Constitucion que me dijeran si sabian de alguna república, ó de alguna otra forma de gobierno que no tenga este mismo deber para con los ciudadanos.

De modo que en resumidas cuentas, de los ocho artículos que constituyen el exordio y como el programa y la vanguardia del proyecto de Constitucion de la república francesa, el 1.º es una fanfarronada que solo se podria disimular en un artículo de periódico, ó en boca de algun representante como Victor Hugo que suele decir en la Asamblea: «En cuanto á mí, hombre del pensamiento y de la inteligencia.....»

El 2.º es casi el único que estaria en su lugar, si porque no haya nada en su lugar no le hubieran colocado el 2.º en vez de estar el 1.º

El 3.º ó es una sandez impertinente, ó es un insulto hecho á la naturaleza y al buen sentido.

El 4.º es la adopcion de una divisa que era muy bella, pero que es lástima la hayan encontrado tan ajada.

El 5.º es una declaracion que podrá ser muy provechosa si se cumple, pero que parece mas propia para programa de un ministerio que para preámbulo de una Constitucion.

El 6.º es una verdad de Pero Grullo, que no hay nadie á quien no le duela el alma de saberla.

El 7.º y 8.º contienen muy sanos principios de moraleja

cristiana; mas para consejos evangélicos son pocos, para preceptos políticos sobran.

Y estos ocho artículos han sido obra de la meditacion de los hombres mas ilustres de la Asamblea, y de meses enteros de exámen, discusion y modificacion en todas las secciones de la representacion nacional de esa nacion, «que se propone conservar en el mundo la iniciativa del progreso y de la civilizacion.» En España, aunque atrasados en la carrera de la civilizacion y del progreso, ó mucho me ciega el amor patrio, ó pienso que puestos á ello, aun con nuestras cortas luces hubiéramos hecho algo menos defectuoso. Por de pronto hubiéramos descartado esos preámbulos, mandados ya retirar de las Constituciones por supérfluos; pero aun en el caso de ingerirlos, mi paternidad por lo menos tiene la aprension de creer que conservando lo único que hay ó de necesario ó de útil en el susodicho exordio, se hubiera podido decir mas sencilla, mas breve, mas ordenada y mas modestamente:

I.

«La nacion francesa se constituye en República, una é indivisible.

II.

La Francia al constituirse en República se ha propuesto repartir equitativamente las cargas y ventajas sociales entre los ciudadanos, y hacer que alcancen todos ellos el mayor grado posible de moralidad, de ilustracion y de bienestar.

III.

La República respetará las nacionalidades extranjeras, al modo que está resuelta á hacer respetar la suya; y no empleará nunca sus fuerzas contra la libertad de los pueblos.

IV.

Adopta por dogma la libertad, la igualdad y la fraternidad. Para consignar, cumplir y garantizar los derechos y los

deberes que con arreglo á estos principios contraen recíprocamente la República y los ciudadanos, la Asamblea nacional congregada en nombre del pueblo francés decreta la siguiente CONSTITUCION.»

Que los hombres de razon comparen, y yo me callo. Y los 900 representantes de la nacion *que se propone conservar en el mundo la iniciativa de la civilizacion y del progreso*, tendrán la bondad de disimular el que un pobre fraile español, regularmente progresista, pero muy poco civilizado, haya tenido el atrevimiento de ponerse á enmendarles la plana.

POSTERIORMENTE.

Ya tenia mi paternidad escrito el anterior artículo, cuando se puso á discusion en la Asamblea el dichoso preámbulo del proyecto de Constitucion. Algunos representantes le combatieron fuertemente por inoportuno y mal redactado, entre ellos un obispo y un cura, lo cual da á conocer que el susodicho preámbulo no encuentra las mayores simpatías ni en la iglesia francesa ni en la española. Pero al fin el preámbulo fué aprobado en su totalidad por 491 votos contra 225. Entróse luego en la discusion de un diluvio de enmiendas, y despues de decirse algunas cosas buenas y muchos desatinos, los párrafos 1.º y 2.º quedaron poco mas ó menos en los términos que mi paternidad los ha redactado. El 3.º se conservó como estaba, de consiguiente se sancionó la sandez, y la enmienda de FR. GERUNDIO queda en su lugar. En el 4.º se substituyó á las palabras *dogma y divisa* la de *principios*. El 5.º, 6.º, 7.º se aprobaron como estaban: por consecuencia se aprobaron

los pleonasmos, las verdades de Pero Grullo, y las obras de misericordia, algo peor redactadas que en el Padre Astete.

Lejos, pues, de retirar mi paternidad sus enmiendas, las sostiene y ratifica, y las presenta y somete al exámen y juicio comparativo, no de la Asamblea de los 900, sino de la Asamblea general de los hombres de razon.

LA RESIGNACION.

— «Buena hora es esta de venir á casa, señor PELEGRIN! le dije á mi lego: ¿dónde has estado? ¿qué has hecho? ¿en qué te has entretenido?

— Todo se lo dire á vd., señor, me respondió, que bien puedo decirlo sin inconveniente. Vengo de ahí de la iglesia de al lado de oír un sermon.

— Ese es el que merecias que yo te echára, y algo mas fuerte que el que habrás oido.

— Como vd. guste, mi amo; todo lo conozco, y á todo me resigno.

— Aun el motivo de la tardanza, PELEGRIN, fuera algo disculpable si fuese cierto.

— Señor, si vd. no me cree á mí, pregúnteselo vd. á la gente que habia en la iglesia.

— Por vida mia que no dejas de apelar á buenos testigos; ¡facilillos serian de conocer y examinar! Pero á bien que no necesito de ellos para certificarme de si es cierto que has estado ó no. ¿De qué era el sermon, ó sobre qué tema ó asunto versaba?

— Señor, era sobre la resignacion cristiana; y por mas señas que lo hizo muy bien el Padre.

—Eso es en tí tan fácil de decir como difícil de probar; pues no estrañaria que aunque fuera un predicador adocenado, te hubiera parecido un abate Gioberti, ó un Padre Gavazzi, ó cuando menos un Padre Melloni, que son los que con sus elocuentes pláticas y discursos patrióticos traen ahora revueltos y entusiasmados á los italianos, produciendo demostraciones y movimientos populares como los de Turin y de Liorna, que ponen en no poco apuro al rey del Piamonte y al Gran Duque de Toscana; lo que prueba, PELEGRIN, la influencia que todavía ejercen en aquellos paises nuestros compañeros de profesion, siendo liberales.

—Señor, yo no conozco ni sé lo que son esos Gibertis, ni esos Gavachis y esos Melones, pero sé que el predicador de esta tarde lo ha hecho muy bien, no agraviando lo presente.

—¿Y no te acordarás de algo de lo que dijo, ó de algun ejemplo ó modelo que citára de esa virtud de la resignacion?

—Si señor, alli citó al Santo Job, y al glorioso mártir San Lorenzo, cuando le estaban tostando sobre las parrillas, que dijo con mucha resignacion: «volvedme del otro lado, que de este ya estoy asado.» Y puso otros varios ejemplos de que no podré acordarme yo ahora. Y trajo aquello del Evangelio que dice: «cuando te dieren una bofetada en una megilla, pon la otra para que te sacudan tambien en ella;» que es á lo que yo entiendo, el ultimatum á donde se puede llevar la resignacion.

—Y probablemente definiria la resignacion, aquella virtud ó disposicion del cristiano con que acepta y sufre sin murmurar las desgracias y aflicciones de esta vida, considerándolas como pruebas que nos envia la Providencia para hacernos merecedores de la felicidad eterna. Y no dejaria de citar las palabras de Bossuet, cuando dice que la resignacion no estingue la voluntad sino que la cautiva. Y que uno de los mayores beneficios que la religion ha hecho á la humanidad ha sido el consuelo que la resignacion cristiana le da en sus penalidades y sufrimientos.

—Todo eso dijo, si señor.

—¿Y qué mas, qué mas?

—Señor, no podré dar á vd. muchas mas señas, porque sobre no tener gran memoria para esto de sermones, estaba yo pensando en la Asamblea francesa.

—¡Ah bribon, sin vergüenza! ¿Con que en esas cosas piensas tú cuando vas á los sermones? Al fin si al oír predicar de la resignacion te hubiera llevado el pensamiento á nuestros pobres presos y desterrados, aunque sea por causas políticas y profanas, comprenderia la relacion entre el sermon y tu pensamiento, porque bien necesitan estos infelices de resignacion. ¡Pero pensar en la Asamblea francesa! ¿Qué diablos tiene que ver la Asamblea francesa con la resignacion cristiana?

—Y mucho que tiene, mi amo; como que estaba yo diciendo para mí: ¿cómo no citará este buen señor á la Asamblea nacional francesa por ejemplo de resignacion y conformidad cristiana? Que bien mereciera citarse al lado del señor San Lorenzo.

—¿Sabes, PELEGRIN, que tienes pensamientos muy raros y muy estrambóticos? ¿Qué conexión ó enlace puede haber entre la Asamblea de la República y un sermon sobre la resignacion cristiana?

—Señor, recostado yo allí á una columna del templo, discurría de este modo; «si la resignacion cristiana consiste, como dice el padre, en sufrir sin chistar ni pistar los trabajillos de este valle de lágrimas, siendo como es el estado de sitio uno de estos trabajillos y miserias de la vida humana, segun los mas graves autores, puesto que el mismo mártir San Lorenzo no hubiera sido quemado si los cristianos no hubieran estado entonces en estado de sitio; no sé yo qué mayor ejemplo pueda darse de resignacion cristiana que el que está dando la Asamblea de la República francesa, que no solo lleva el estado de sitio con una santa conformidad, sino que se alegra y canta alabanzas al que le ha puesto y le conserva, como aquellos niños que cuando estaban quemándose en el horno

cantaban alabanzas al Señor, según contó el mismo predicador de esta tarde.

—Y tan cierto es eso, PELEGRIN, que habiendo hecho últimamente varios representantes una proposición para que se levantara el estado de sitio, á lo menos mientras se discutía y votaba la Constitución de la República, porque no era cosa bien vista ni decente que una Constitución se hiciera en un estado que impone falta de libertad; la Asamblea, oído el general Cavaignac, desechó la proposición por una mayoría de 529 votos contra 440, que es como decir que se encuentra muy bien hallada con el estado de sitio, y que es su voluntad que prosiga, y que así y no de otra manera debe hacerse la Constitución republicana.

—¿Ve vd. ahora, mi amo, como no andaba extraviado mi pensamiento en irse á la Asamblea de la República cuando me estaban predicando de la resignación? Y esto me hace irme aficionando otra vez un tantico á la República, porque veo que los representantes de la Asamblea republicana son en su mayor parte muy buenos cristianos, toda vez que así tan humildemente sobrellevan el estado de sitio y la privación de libertad que este trae.

—Pues yo creo por el contrario, PELEGRIN; yo voy creyendo que el estado de sitio es el estado y modelo de la mas completa libertad. Porque una república que *se propone conservar en el mundo la iniciativa de la civilización y del progreso*, una república que lleva por el primero de sus dogmas *la libertad*, y que da al mundo el ejemplo de constituirse *en estado de sitio*, prueba, PELEGRIN, de que el estado de sitio no es lo que hasta ahora creíamos que era, sino que debe ser la situación mas conforme á la libertad y al progreso.

—Señor, yo soy un simple lego, como vd. sabe; pero lego como soy, digo y repito, que si esa es la manera de enseñar libertad y civilización al mundo, arrenuncio á esa civilización y á esa libertad; y eso me da que lo digan 529 representantes que si lo dijeran cinco mil. Y sobre todo, mi amo, acué-

dese vd. que cuando Cristo Nuestro Señor pronunció la palabra *sitio* fué cuando ya iba á espirar, y porque se quejó del estado de sitio en que le tenían le dieron á beber hiel y vi-nagre, y luego le crucificaron, conque si esta es la libertad, que venga Dios y lo vea.

—Me haces reir, aunque no quiera, con tus cosas, PELEGRIN. Esa palabra *sitio* que Cristo pronunció poco antes de espirar, es una palabra latina que significa *tengo sed*. De consiguiente ya ves tú cuán distante está de tener la significacion que tú la atribuyes.

—Pues bien, mi amo; no necesito tampoco acudir al Evangelio para probar que el estado de sitio es una distraccion de la libertad.

—Restriccion es lo que querrás decir en tal caso.

—Eso, si señor; y que proclamarse los apóstoles de la libertad del mundo, y principiar por hacer una constitucion para ellos mismos en estado de sitio, es un contra-sentido que no se le ocurriria á un pobre lego de España; y asi, ya que vd. les ha enmendado la plana en el preámbulo de la Constitucion, deje vd. á su lego que se la enmiende en el modo de hacerla.

—Yo creo, PELEGRIN, que esos mismos 529 representantes republicanos opinarán en su fondo acerca del estado de sitio lo mismo que tú, y aun lo mismo que yo, á hablar con formalidad; pero dijo Cavaignac que era muy conveniente que prosiguiera para discutir la Constitucion, y se resignaron.

—Pues señor, si lo dijo Blás, punto redondo; que yo no sé cómo se llamará el hermano Cavaignac de nombre, pero debe llamarse Blas para la Asamblea; y esta es otra resignacion que no me parece muy cristiana. Y por cuanto no tengo mas que decir de mi sermon de esta tarde, hagamos nosotros aqui punto redondo, si á vd. le parece.

—Pues ahora no quiero yo hacer punto redondo: porque ya que te has explicado asi, voy á demostrarte que tambien en la Asamblea hay representantes que piensan como tú.

Oye, oye la enmienda que presentó al proyecto de Constitución Mr. Deville, y que se imprimió, repartió y llevó los honores de la discusión.

En presencia de Dios (decía este diputado): bajo el reinado del estado de sitio, destructor de toda libertad, y especialmente de la de imprenta, que suprime y suspende á su capricho; bajo el régimen de la autoridad militar, que no entiende palabra de las necesidades de la sociedad, y que por su sola existencia reprime, al mismo tiempo que el espíritu público, la manifestación de todas las ideas y de todas las verdades, tan útiles de propagarse en el momento en que se van á discutir las bases de la Constitución; bajo este régimen bárbaro y violento, terror de los ciudadanos, á quienes puede arrestar sin limitación y sin formación de causa, arrancarlos á sus jueces ordinarios y entregarlos á los consejos de guerra; en nombre del pueblo francés, y cediendo á la opresión que pesa sobre París, la Asamblea nacional proclama y decreta.....»

—¡Ah, buen francés! exclamó TIRABEQUE; algo brusco me parece, pero has dicho unas verdades como templos, y no parece sino que te ha estado soplando al oído este tu lego que te estima y ver desea. Y diga vd., mi amo; ¿se discutió esa inocente y humilde enmiendilla?

—No solo se discutió, sino que el bueno de Deville acabó de remachar el clavo en el discurso de la discusión, emitiendo una porción de frases y pensamientos del tenor siguiente: «Si hablo de esta manera, es porque como militar antiguo que soy, he aprendido perfectamente á conocer *las amenidades del régimen del sable.*» Pero su enmienda, como debes suponer, fué desechada casi por unanimidad.

—Esto era de esperar, mi amo, pero la píldora allá la tienen, y las verdades siempre son verdades aunque las desechen muchos, y aunque se digan á lo militar como ese Mr. Deville, ó á lo lego como un servidor de vd., que si no es parlamentario, menos parlamentaria es una Constitución republicana en estado de sitio, que es lo que se pretendía demostrar, y punto redondo.

YA PARECIO AQUELLO.

Figuráos hermanos míos, la alegría que recibirá el hermano Montemayor, el inventor de los Eolos, el día que llegue á realizar (si á este día no se anticipa el del juicio) su dorado sueño de la direccion del globo, y á cruzar la España de Norte á Sur y de Oriente á Poniente en cosa de dos ó tres horas con sus correspondientes descansos. Figuráos el gozo y contentamiento que tendrá el hermano don Manuel Palomino, de Sevilla, el reciente inventor del movimiento perpétuo, el día que llegue á hacer la demostracion práctica (si antes no se le acaba á él el movimiento de la vida, que por desgracia no es perpétuo) de ese famoso descubrimiento sobre el que han trabajado en vano los sabios del mundo, incluso el famoso autor de las pilas eléctricas. Aunque por una parte tengo para mí que el movimiento continuo está descubierto, á lo menos para Europa, desde el 24 de febrero, y por otra temo que este Palomino no se nos aturda, como todos los autores de grandes proyectos en España, sean palominos ó sean palomos.

Figuráos, digo, la alegría que experimentarían estos dos inventores el día que vieran realizados sus famosos descubrimientos, y á esto solo sería comparable la que mostró en su rostro y en sus palabras mi lego TIRABEQUE al entrar la mañana del 9 en mi celda de estudio.

—«Buena nueva, mi amo, me dijo; ya pareció aquello, gracias á Dios y al hermano Mon, que aunque no soy amigo suyo, es decir, de este último, he dado mi palabra de ser imparcial, y estoy resuelto á cumplirla. Y digo que ya pareció aquello que tanto anhelábamos, y ahora parece que va de veras. Por decontado ya tenemos circo-circa de 34 millones en efectivo metálico, y hasta 100 en valores de seguro cobro.

—¿Y de dónde nos ha venido de repente tanto dinero?

—De las provincias, señor, y de otras partes.

—¿Pero es para nosotros?

—Es decir, mi amo, para nosotros dos solos no es; ¿á dónde iba á parar? Era yo capaz entonces de declarar la guerra al Austria y á la Rusia: pero es para nosotros los tenedores de billetes del Banco. Y para que vd. no dude de ello, aqui lo tiene vd. oficialmente de oficio.»

Sacó entonces la Gaceta, que oculta bajo la solapa de su chaqueta traía, y que él habia ya leído, porque hacia cerca de un mes que con el ansia de saber qué medidas tomaba el hermano Mon acerca de los billetes se me apoderaba diariamente de la Gaceta, la examinaba, y me la entregaba doblada diciendo: «no gaste vd. el tiempo en desdoblarla, mi amo, que no trae nada de aquello.» Tomé pues, yo FR. GERUNDIO, el diario oficial, me calé las antiparras, y me puse á leer el decreto sobre billetes del Banco.

Leído que le hube, «paréceme en efecto, PELEGRIN, le dije, que este décimoquinto decreto sobre billetes, debe surtir el efecto tan apetecido de disminuir en gran parte el papel, y de poner á la par el resto de lo que quede en circulacion. Encuentro aqui disposiciones que me parecen oportunas y que deben conducir derechamente al objeto. Tal es la creacion de una caja separada en el Banco, destinada esclusivamente para el cambio á metálico de los billetes en el acto de su presentacion. Tal es la existencia en caja de la tercera parte en efectivo del valor de los billetes que hayan de circular, y de las otras dos terceras partes en valores de seguro cobro. Tal es la admision de los billetes como dinero efectivo en pago de contribuciones en toda la Península. Tal es tambien la obligacion que se impone á la junta de este departamento de publicar semanalmente un estado de todas las operaciones de la caja, con espresion de las existencias en metálico y valores, y de la cantidad de billetes en circulacion.

Todas estas medidas, PELEGRIN, téngolas por muy buenas

para el objeto si se hacen efectivas, y serán mejores si se realizan, no ahora al pronto solamente, sino tambien en lo sucesivo. Que en esta nuestra patria bendita no suele estar el mal en que no se escriban y en que no se empiecen cosas muy escelentes y muy útiles y aun muy grandes; al contrario, acaso no hay país ni de mas proyectos, ni de mas planes, ni de mas empiezos; pero tampoco le habrá de menos acabamientos, y de menos conclusiones y remates. Esto no es decir que tal haya de suceder al decreto que nos ocupa, y que tanta alegría te ha causado: es solo un temor, y la espresion de mi deseo de que no suceda.

Por otra parte no sé si tú habrás pensado que el dinero y los valores que se destinan al pago y garantía de los billetes necesariamente han de salir de alguna parte y dejar desatendidas otras obligaciones, asi como su admision en pago de todas las contribuciones y derechos del estado y su amortizacion hasta reducirlos á los cien millones circulantes ha de ocasionar la disminucion consiguiente en el efectivo de ingresos de las rentas del estado, y que este déficit se ha de hacer sentir indispensablemente, y que algunas clases son las que lo han de pagar á costa de no pagarles á ellas, á no ser que á este decreto siguieran otros haciendo las economías que la situacion del país y la del tesoro reclaman, y que yo no me atrevo á esperar. Tampoco habrás pensado en que no basta tener ahora treinta y tres ó treinta y cuatro millones de reales en efectivo para atender á los cambios que ocurran, sino que dentro de pocos dias ha de ser necesario reponer esta cantidad si los tenedores de billetes acuden á verificar sus cambios.

—Como acudiremos, señor; y confiésolle á vd. que en mi alegría no habia pensado en nada de eso: y ahora conozco y caigo en que para vestir á un santo precisamente tendrá el hermano Mon que desnudar á otros, puesto que la tela no alcanza para todos, lo cual no deja de ser un inconveniente. Pero asi con todo tengo para mí que la medida mas urgente era esta, porque sin crédito no hay nada, y que aun los mismos

empleados, que serán acaso los santos que tengan que desnudarse de alguna parte de su ropilla, lo deben de agradecer, porque si habian de seguir cobrando en billetes y perdiendo el tanto por ciento, casi casi les vale mas pasar el susto de una vez, y saber que despues han de cobrar en dinero contante y limpio. Y sobre todo, mi amo, páguenos á los tenedores de billetes, póngase otra vez nuestro metálico en circulacion, y yo no sé lo que es, mi amo, pero cuando circula el dinero todo el mundo vive. Con que asi lo que deseo es que se ponga cuanto antes corriente esa caja, y el dia que esto suceda, si vd. no lo lleva á mal, he de echar un trinquis--fortis segun lo tengo prometido.»

Si grande fué la alegría que esperimentó mi lego TIRABEQUE con la lectura del real decreto, no fué menor su alborozo la mañana del 44 al leer en la *Gaceta* que instalada ya en la tarde anterior la junta de emision, pago y amortizacion de billetes del Banco, comenzaban en aquella misma mañana las operaciones de cambio. Aun no me habia servido el chocolate y ya queria ir á cambiar. «Ten un poco de calma, le dije, que aun no es la hora, y ademas, primero son tus obligaciones.» Trabajo le costó esperar hasta las doce. A esta hora, despues de haber hecho sus labores aturdidamente y con poco concierto, me volvió á preguntar:

—«Señor, ¿voy?»

—Vete, hombre, vete, le dije, y déjame en paz. Mira; lleva primero los de cuatro mil, que son los de mas difícil cambio para los usos ordinarios de la vida.

—Señor, esos son los que yo llevaria primero sin necesidad de que vd. me lo advirtiese, si los tuviera.

—Pues lleva de los de mil; en fin, empieza por los mas grandes que tengas.

—¿Qué querria yo, mi amo, sino tener de los de á mil?

—¿Tampoco? Pues lleva los de quinientos, que en resumidas cuentas eso les da á los de la caja pagar mil rs. por dos billetes que pagarlos por uno.

—Señor, y á mí tambien me seria igual el recibirlos, si tuviera billetes de á quinientos que cobrar.

—Por lo que veo, PELEGRIN, eras el tenedor de billetes mas feliz que habia, pues los de doscientos, únicos que das á entender te han quedado, sobre ser los mas fáciles de cambiar, eran los que menos quebranto ó menos pérdida tenian, y mejor era poseer muchos de doscientos que pocos de cuatro mil.

—Asi es la verdad, mi amo, que eso era muy bueno para el que los tenia.

—¿Apostemos, PELEGRIN, á que salimos ahora con que no tienes ningun billete?

—Perdone vd., Señor, y poco á poco con eso. Soy tenedor de un billete de doscientos rs.»

Toda mi gravedad gerundiana se fué al traste con esta salida de mi lego, y me eché á reir como un tonto. «Pero hombre, le dije, ¿eres tú el que anteayer repetia con tanto tono: «nosotros los tenedores de billetes,» «póngase en circulacion nuestro metálico,» y otras frases semejantes?

—¿Qué quiere vd., señor? En primer lugar, tenedor que tiene un billete, tenedor es; y cuántos pobres habrá que no tengan otro tanto; y gracias á mi conducta, que lo que es el salario de lego no da de sí para ahorrar muchos billetes. Y en segundo lugar, que por lo mismo que soy el mas mínimo de los tenedores, pues vengo á ser tenedor de una sola punta, y esa bastante corta, por lo mismo debe agradecerme mas el gobierno que sea imparcial, pues eso prueba que TIRABEQUE no es hombre que predica para su saco, sino para el saco del público.

—Bien, hombre, bien: anda y cambia tu billete..... Escucha; ya que vas al Banco, haz el favor de decir á aquellos señores, para que se lo hagan presente, si gustan, al gobierno, que los billetes de cuatro mil rs. que recojan y no amorticen, nos harian una merced en convertirlos en otros de doscientos y aun de ciento, porque aquellos son tan embarazosos para los usos y transacciones ordinarias y comunes de la vida, co-

mo serian estos de útiles, fáciles y corrientes, y que al público le serian mas provechosos, y á ellos les tendria tambien mas cuenta, porque nadie rehusaria tomarlos, y el Banco se ahorraria muchos cambios que de otro modo se verá en necesidad de hacer: y díles que estraño mucho que no les haya ocurrido esta reforma.

—Está bien, señor, asi se lo haré presente. Hasta luego, mi amo.

—Escucha, PELEGRIN. Ya que vas al Banco, procura averiguar, si puedes, y haz por husmear como que no haces nada, si en cambio de este cambio piensa el hermano Mon echarnos encima los otros cien millones de *donativo forzoso*, que el gobierno está facultado para pedir, y que el hermano Orlando se dejó para mejor ocasion. Anda, vete con Dios.»

No le puso esta indicacion de buen humor á mi lego, y ya no fué tan contento como habia estado. Pero él cambió su papel moneda, y trajo su metálico corriente. Ahora lo que le tiene con algun cuidado es mi última indicacion, sobre la cual no pudo indagar nada aquel dia.

MODO DE VESTIR SIN GASTAR DINERO.

Aunque yo FR. GERUNDIO suelo leer casi diariamente este anuncio en el *Diario Oficial* de avisos de esta capital, puesto por una compañía de marchantes judíos residentes en ella, confieso que no me he tomado la pena de hacer por mí mismo, ni aun siquiera por medio de TIRABEQUE, la prueba y verificación de lo que pudiera haber en él de exactitud ó de verdad, aunque algo debe haber si por dinero no se cuenta la ropa usada, y las antigüedades y alhajas viejas que dichos judíos piden en cambio de las telas nuevas que dan. Mas ahora ya no solo me he convencido de que esto puede hacerse, sino que veo que hay otros que han discurrido un método de vestir sin gastar dinero, mucho mas sencillo y mas cómodo que el de David Jacobo de Lion y compañía.

La invencion de este método se debe al viejo general Radetzky y á los austriacos que ocupan á Milan, y consiste en lo siguiente. Los soldados croatas se entran con la mayor franqueza y como Pedro por su casa en los palacios milaneses mejor amueblados y de mejor menaje, como por ejemplo, el del marqués Pascalli y otros; dan un corte lo mas al rápe que la tijera permite, á las colgaduras y tapicerias de seda, y de ello se hacen unos chalecos muy lindos, sin costarles un maravedí, como conocerán mis amados lectores. Y no porque les falte dinero, pero este le necesitan para otras atenciones, como verbi gracia para el café, donde un simple soldado austriaco se gasta muy frescamente sus veinte ó treinta libras por dia, y échese y no se derrame, que para eso están las cajas públicas, y si nó todo lo hacen una ó dos contribuciones mas. Para eso Milan ha sucumbido, y las armas del imperio han triunfado.

En cuanto al mariscal Radetzky, este no se viste así; y no faltaba mas sino que el vencedor de Italia se fuera á hacer chalecos de las tapicerías de las casas de los marqueses italianos! Pero es muy aficionado á las bellas artes, y muy dado á las antigüedades y á la arqueología; y en punto á recoger objetos antiguos, alhajas viejas, pinturas y otros objetos artísticos, se da una maña que se le quedan muy atrás David Jacobo y cualquiera otro judío que viva de este género de comercio. Al fin estos dan telas nuevas á cambio de alhajas viejas: el método de Radetzky es menos costoso y mas sencillo: él no da telas, da solamente órdenes, y se hace con la preciosa armeria del palacio de la princesa Belgiojoso: le gustan los museos y galerias de pinturas de Milan, y diciendo que aquellos museos fueron adquiridos con los fondos que eran en otro tiempo del imperio austriaco, como amante que es de los cuadros de mérito, reúne en un santi-amen y á un precio sumamente arreglado un museo muy lindo; y en cuanto á alhajas y joyas, es hombre tan ingenioso y de tan buen gusto, y á mayor abundamiento tan galante aunque viejo, que por una bicoca ha puesto hecha un relicario á su muy amada Giovannina Merregalli, antes su querida y ahora recientemente su muy cara consorte, de manera que segun las cartas de Milan, es una cosa que tiene que ver la señora Mariscalá hecha siempre un brazo de mar con mas joyas sobre su cuerpo que una virgen de la mas rica catedral de España.

Con esto ya no me maravilla, á mí FR. GERUNDIO, el modo de

vestir sin gastar dinero, tal como le anuncian David Jacobo y compañía en Madrid. Lo que es admirable es el modo de vestir sin gastar dinero que han encontrado Radetzky y sus croatas en Milan, y el modo de hacerse con muscos, con armas antiguas, y con alhajas y joyas viejas y nuevas, tal como le anuncia la *Opinione* y otros diarios italianos.

CIVILIZACION.

En estos tiempos felices, en que segun el testimonio de los santos apóstoles Palmerston y Russel en un célebre brindis: «se disfruta de paz en toda Europa y no hay temor de que se altere,» apenas hay nacion chica ni grande que no tenga una guerra dentro y otra fuera. Entre los países que se encuentran de esta manera divertidos hay uno de los que constituyen una parte integrante del imperio de Austria, que llaman la Hungría. Pues bien, con el permiso de Russel y de Palmerston, y gracias á las buenas intenciones del Austria, de quien la Hungría ha querido emanciparse, los húngaros se hallan hace tiempo en guerra con los ilirios y los servios sus vecinos, entre los cuales hay cada dia una de degollinas y zafarranchos que se arde el mundo, sin que esto sea alterarse la paz, segun Palmerston y Russel: hola! y que segun el discurso de la Reina Victoria para la prorogacion del Parlamento, «hay esperanzas de que las naciones de Europa *continúen gozando las bendiciones de la paz*; que si son *bendiciones de la paz* el estar se rompiendo el alma todos los dias, como decimos en España, regalo estas bendiciones á la Reina del Reino Unido, ó á los que tales bendiciones han puesto en su boca. Pero esto sin duda no merece llamarse guerra por la humanidad y la dulzura con que se hace, tan propia de la actual civilizacion, y de que es prueba el reciente suceso siguiente, que es el mil doscientos y uno de los que alli han ocurrido en su clase, en este período de dichosa paz.

La ciudad de Weisskirchen (y tengan vds. paciencia si les cuesta tanto trabajo el pronunciarlo como á mí escribirlo), compuesta de alemanes y de ilirios, fué atacada por los insurgentes iliro-servios. Los alemanes levantaron barricadas para

defenderse, pero los moradores ilirios de la ciudad hicieron fuego á los alemanes sus convecinos, y no contentos con esto, se pusieron á incendiar las casas, y cerca de ciento fueron reducidas á cenizas: primer rasgo de civilizacion. Con este motivo los insurgentes de fuera lograron tomar la primera barricada y penetraron en la ciudad, donde sin embargo hubieron de sostener once horas de encarnizado combate en las calles, al cabo de las cuales fueron rechazados á las montañas. Mas, ¡oh dulzuras de la paz de Palmerston y de la civilizacion europea! En lo mas recio de la lucha los servios penetraron en la parte Iliria de la ciudad, y degollaron á las mugeres y los niños de los alemanes que vivian aislados entre ellos. A su vez los alemanes, tan pronto como arrojaron fuera á los enemigos, volvieron sobre los ilirios, y no dieron fin á la carniceria hasta que consumaron el completo esterminio de los habitantes de aquella raza. Ahora los insurgentes de fuera han vuelto á aparecer con nuevos refuerzos delante de la ciudad, que tienen bloqueada, dispuestos á esterminar á su vez la raza alemana. ¡Oh poder de la humanidad, de la civilizacion y de las bendiciones de la paz de que felizmente goza la Europa!

Pues bien; esta guerra de esterminio y de sangre, esta guerra de barbarie y de desolacion, se la ha proporcionado el Austria á los húngaros, y la ve con una flema impassible, y no se cuidará de ponerla término, hasta obligar á la Hungría á que consienta en las condiciones que le quiere imponer. Porque está es la táctica del Austria en todas partes, dividir para dominar, y mas que perezca el género humano. Esto es lo que hace en Hungría, esto es lo que hace en Polonia, esto es lo que hace en Italia. ¡Austria, Austria! tú andas buscando tres pies al gato, y él tiene cuatro!

LIORNA.

Señor, ¿qué es eso que ha sucedido en Liorna, y qué Liorna es esta en que estamos metidos, ó en que está metida la Europa, si se puede saber?

—Razon tienes en preguntarlo, PELEGRIN; aunque en reali-

dad de verdad los sucesos de Liorna no han pasado de ser unos de tantos diarios é innumerables alborotos de que hace meses está siendo teatro la Europa, y de los cuales llegan cada correo á nuestra noticia una ó dos docenas, y eso de los que tienen lugar en ciudades populosas y conocidas por su importancia, que de los otros infinitos que ocurren en poblaciones mas subalternas ni es posible dar cuenta, ni habria tiempo ni espacio para enterarse de ellos, ni hay periódico de tal tamaño que alcance á abarcarlos todos. Sino que los de Liorna te habrán llamado la atencion por el proverbio que usamos en España, que cuando queremos significar que una cosa está muy en desórden y muy desconcertada y revuelta, decimos: «esto está hecho una Liorna.»

— Asi es la verdad, señor; y por lo mismo que toda la Europa está de esa manera que vd. dice, seria yo de dictámen que á] la Europa se le mudára el nombre, que al fin y al cabo es un nombre que le hace á uno tener la boca abierta un rato para decir *la E u ropa*, que son tres vocales seguidas que no hay quien las aguante; y ahora que se está reformando todo, seria bueno que se reformára tambien el nombre de *E u ropa*, y se le reemplazára por el de *Liorna*, que se pronuncia mejor, y es mas propio del estado en que hoy dia se encuentra.

— No te falta razon, PELEGRIN, y no lo hacemos porque no bastaria nuestra decision para cambiar un nombre de tiempo tan inmemorial admitido y generalizado en el mundo; pero no porque no lo tenga merecido, porque el movimiento de Liorna no es mas que el reflejo y el fac-símile de los que en mil otras partes y cada dia acontecen; y de aquellos cuyas causas no es fácil comprender y cuyas tendencias es casi imposible definir. Pues el toque está en que en un mismo punto el movimiento de un dia no suele parecerse en nada al del dia anterior, y que sofocado aquel renace otro de índole enteramente opuesta á los dos primeros, y el que luego sigue no tiene la menor semejanza con el que le ha precedido, y cada uno presenta diversa fisonomía, aparte de los que no tienen fisonomía conocida. Y como esto sucede todos los dias y en todas partes, asi en Italia como en Austria, asi en Francia como en Prusia, asi en Hungría como en Alemania, y asi en el Danubio como en el Rhin, bien merecia la Europa que le cambiáramos el nombre por otro que espresára esta confusion y este caos.

— Señor, ninguno como Liorna, que es ya conocido en España por equivalente á laberinto, ó asi á revoltijo y á em-

brolo. Pero si vd. no le quiere usar por esa consideracion que ha manifestado, tampoco deberá vd. estrañar que á mí se me escape algunas veces, y se lo prevengo á vd. para que cuando esto suceda entienda ya lo que quiero decir, y no lo tome por la Liorna de Italia, sino por esta Liorna grande que abraza todo el contenido europeo.

—El continente europeo querrás decir, hombre.

—Señor, como sé que hay una figura retórica en que se suele tomar el contenido por el continente, me pareció que me iba á lucir con vd. en esto de retórica. Pero en fin, vd. me entiende y basta.»

ATA CABOS, PELEGRIN.

Desde el principio de la quincena me habia manifestado TIRABEUQUE sus deseos de tratar por sí alguna de las graves cuestiones que traen preocupada la atencion de esta parte del mundo que llamamos Europa, y él se empeña en llamar Liorna. Yo no tuve reparo en darle este gusto, pues todo se reducía á corregir la parte de su trabajo que no me pareciera oportuna, ó á suprimirla toda, que á tanto alcanzan mis derechos de prévia censura sobre él.

Así, pues, le dije: «Ya que en ello te empeñas, PELEGRIN, escoge tú entre las cuestiones que hay pendientes la que te parezca mas importante, ó mas de tu gusto y agrado sea; lo que yo me ofrezco á hacer en tu obsequio es suministrarte los datos mas auténticos que halle en los diarios mas autorizados, ingleses y franceses, italianos y alemanes.

—Señor, me respondió, en ese caso opto por la cuestion de Italia, que es la que mas me interesa, y hácia la que siento mas simpatías.

—Está bien, le dije: á tu eleccion lo he dejado, y cuanto mas el asunto te interese, mas probabilidad hay de que le trates con acierto y oportunidad.»

Esto fué el dia 1.º El dia 2 quiso ya dar principio á su trabajo, y yo le informé de cómo la Inglaterra habia reanudado sus relaciones de cordial inteligencia con la Francia, para que la mediacion ofrecida por ambas potencias diera resultados mas

prontos, mas provechosos y mas eficaces. Hay ademas, le añadí, la ventaja de que no sólo la Alemania ha solicitado la mediacion anglo-francesa, sino que el Austria misma ha manifestado la satisfaccion con que recibirá la mediacion de dos potencias tan respetables.

—No me diga vd. mas, señor, estoy enterado.» Y se retiró á trabajar su artículo.

La mañana del 3 presentóseme ya con algunos trabajos, aunque en borrador. Mas como viese, yo FR. GERUNDIO, que estaban basados sobre la mediacion diplomática y pacífica, «No prosigas, PELEGRIN, le dije; acabo de leer el correo, y segun los diarios alemanes y franceses de mas autoridad, el Austria no admite la mediacion anglo-francesa, motivando su repulsa en que tiene negociaciones y tratos pendientes con el rey Carlos Alberto, que es con quien ha celebrado el armisticio, y que por lo tanto nada tienen que hacer ahora las potencias que han ofrecido su mediacion. Con que ya se da por seguro que no hay otro remedio para resolver la cuestion que la intervencion armada de la Francia, y por consiguiente la guerra. Ata, pues, cabos, PELEGRIN, y sírvate de gobierno para tus trabajos.

—Señor, aqui no hay mas recurso que borrar lo escrito, y empezar de nuevo.» Y se retiró á continuar, ó por mejor decir á recomenzar su obra.

El dia 4 entró mas temprano de lo de costumbre á enseñarme sus nuevos trabajos. Estaban fundados sobre la base de la intervencion armada, y no me disgustaba el modo como discurría sobre ella mi buen TIRABEQUE. Pero tuvo que suspender la lectura por la llegada del correo. Fui leyendo diarios, y le dije:

—«Ata cabos, PELEGRIN. Segun los periódicos ingleses de mas peso, la Inglaterra no consentirá que la Francia intervenga con las armas, y si en ello se empeñase peligraria mucho la ruptura de la inteligencia cordial.

—Me servirá de gobierno, señor, y con el permiso de vd. voy á retirarme á reformar el artículo, porque en ese caso no puede ya haber guerra.»

A la media hora me aconsejó la caridad llamar á mi pobre lego para anunciarle lo que habia.

—«Ven acá, PELEGRIN, le dije, y ata cabos. ¿Habias empezado á escribir?

—A medias no mas, mi amo: habia borrado algunas líneas

y hecho algun otro intercalo para poder aprovechar algo de lo que llevaba escrito.

—Pues mira, borra ahora los intercarlos, y escribe de nuevo las líneas, porque segun acabo de leer en el *Moniteur*, que es el periódico oficial de la Francia, el general Cavaignac y el ministerio que hace pocos dias se declararon solemnemente por la paz, están ahora resueltos á intervenir con las armas y á arrostrar, si es preciso, todos los inconvenientes y todas las eventualidades de una guerra general europea, truene por donde tronare, porque es caso de compromiso y de honor y amor propio para la Francia, del cual ni puede ni está en ánimo de prescindir.

—Me alegro que vd. me lo advierta, mi amo, y ahora ya sé por dónde he de girar. Descuide vd., señor, que yo haré un artículo sobre la guerra general, que por lo mismo que yo no estoy por las guerras, ha de hacer temblar el mundo, y yo pondré de vuelta y media al Austria, y al mismo Cárlos Alberto, á quien hasta ahora he querido tanto, por la parte que le toca en haber dado lugar á que las cosas hayan llegado á tener este remate.»

Nadie puede figurarse lo afanado que anduvo mi buen lego todo el dia 5 en escribir sobre los males y trastornos que traería una guerra general europea, sobre la suerte y fin que en su resultado cabria á cada nacion, cabilando mucho sobre si la España debería y podria permanecer neutral, ó si debería ayudar á los italianos á recobrar su independenciam y su libertad.

Asi se llegó al dia 6, y á media mañana se me presentó muy ufano con varias cuartillas escritas, si escrito puede llamarse lo que contenia menos líneas que tachaduras y menos letras que borrones. Pero antes de comenzar á leer me preguntó: «¿Hay algo que comunicarme, mi amo?»

—Alguna cosita hay, le dije, y ata cabos, PELEGRIN. La Alemania que antes solicitó la mediacion anglo-francesa, ahora se muestra dispuesta á hacer causa comun con el Austria.

—Quiere decir, mi amo, que tendré que modificar algo en lo que llevo escrito, porque no contaba yo con esto, pero todo lo hará un poco mas de trabajo.

—No consiste en eso solo, PELEGRIN, y ata cabos. El emperador de Rusia, segun los diarios mas acreditados de Alemania y de las fronteras austro-rusas, ha declarado que considerará cualquiera intervencion de la Francia en los asuntos de

Italia como un *casus belli*, y de consiguiente que sus ejércitos irían en ayuda del Austria y del sostenimiento de sus derechos con arreglo á los tratados de Viena.

—Eso ya muda de especie, señor, y lo rezado perdido, porque si la Rusia y la Alemania se pronuncian por el Austria, y la Inglaterra se separa de la Francia, ¿cómo es posible que la Francia se atreva á intervenir sola contra tantos y tan poderosos enemigos? Con que si se ha de quedar la pobre Italia abandonada como antes, y no ha de haber intervencion, rasgo mi artículo, (y le deshizo en menudos pedazos), y todo se reduce á hacer otro y á trabajar algo mas.»

Los ensayos sobre este nuevo plan de trabajo me los presentó el 7. Comenzaba el bueno de PELEGRIN con una filípica á Carlos Alberto por haberse metido á negociar con el Austria por sí y ante sí, frustrando el ofrecimiento de la mediacion. No le dejé continuar la lectura, porque hube de decirle:

—Ata cabos, PELEGRIN, y borra lo que sobre eso llevas escrito, pues hoy mismo viene una proclama de Carlos Alberto á su ejército, exhortándole á que se prepare á emprender de nuevo la guerra contra el Austria con el mayor vigor y decision tan pronto como espire el plazo del armisticio. Lo que prueba primeramente que no habia tales negociaciones con el Austria, y en segundo lugar que se verificará la intervencion francesa, con la cual cuenta sin duda, porque no es regular que se atreviera á romper las hostilidades él solo y con sus propias fuerzas.

—Señor, en ese caso hay que volver su buena fama y opinion al Sr. Carlos Alberto, aunque me cueste inutilizar el artículo, porque este es un cabo que me echa á perder todos los que yo llevaba ya atados. Y lo que ahora siento, ¡tonto y simple de mí! es haber rasgado el artículo de ayer, porque si ha de haber guerra, podia aprovechar muy bien lo que allí habia escrito. ¡Cómo ha de ser, señor! La fortuna es que todavía hay tiempo hasta el dia 15 que saldrá la Revista.»

Dábame grima y lástima, á mí FR. GERUNDIO, el ver al pobre TIRABEQUE trabajar como un negro, y que todos mis trabajos y mi cálculos de un dia los frustraban é inutilizaban las noticias y los sucesos y combinaciones del otro.

De este modo llegó el 8. «¿Has escrito algo, PELEGRIN? le pregunté.

—Si señor, me respondió, y para eso me ha costado velar mucha parte de la noche. Aqui verá vd. como elogio al rey del

Piamonte por su disposicion á continuar la guerra con la ayuda de la Francia.

—Pues ata cabos, PELEGRIN. Ya no hay nada de eso. Hoy nos dicen los diarios italianos y franceses que esa proclama de Cárlos Alberto no ha sido sino una farándula y una plataforma para ponerse en buen lugar con los italianos, pero que no entra en su intencion volver á pelear: y la prueba de ello es que habiéndole propuesto ahora últimamente el Austria arreglar el negocio entre sí, ha contestado que no podia por hallarse comprometido á no obrar sino con acuerdo de la Francia y de la Inglaterra, cuya mediacion habia solicitado. De consiguiente no está Cárlos Alberto por la guerra y la intervencion, sino por la mediacion pacífica y diplomática.

—Señor, esto es una Liorna, y esto es volverle á uno loco. ¿Será cosa que no se pueda atar un ochavo de cominos con lo que hacen y dicen estos reyes, y estos gobiernos, y estas naciones? Pero ya es caso de compromiso escribir sobre ello, y en medio de todo me alegro que la cosa se arregle por la mediacion, y conforme á esos cabos que vd. me acaba de dar voy á compagnar yo mi articulito.»

Con él entró el 9 en mi celda, diciendo: «Señor, aqui verá vd. cómo esplico lo que deben hacer por la Italia las dos potencias mediadoras.

—Lo que tienes que hacer es borrar lo escrito; y ata cabos, PELEGRIN. Ya no será mediacion amistosa, y la guerra es irremediable. El gobierno de la república francesa ha enviado ya las divisiones que han de reforzar el ejército de los Alpes, espedido órdenes á las escuadras de Tolon y de Marsella para que pasen cuanto antes á las aguas del Adriático, y dispuesto la movilizacion de 300 batallones de guardia nacional. Ya no hay remedio, PELEGRIN; la guerra general europea es inevitable.

—Pero señor, ¿qué formalidad es ésta? ¿es cosa de chiquillos acaso?

—Anda, PELEGRIN, y trabaja, y no gastes el tiempo en reflexiones. Ata todos esos cabos, y escribe, ya que á ello has querido comprometerte.»

—Señor, me dijo el dia 10, vá vd. á decirme con franqueza si discurro bien acerca de oponerse esos bárbaros de esos rusos á que vayan los ejércitos franceses á libertar la Italia del yugo de los austriacos.

—¿Por dónde diablos te ha dado gana de principiar, hom-

bre? Borra eso cuanto antes, y ata cabos, PELEGRIN. Precisamente hoy anuncian todos los diarios que la Rusia ya no auxiliará al Austria, y que por el contrario, el Emperador Nicolás se muestra dispuesto á entrar en relaciones amistosas con la república francesa, que hace muchos elogios del general Cavaignac, y que siente haber tardado tanto en conocer la utilidad de una alianza ruso-francesa.

—Señor, todo eso será muy bueno, pero á mí me es imposible atar unos cabos con otros, y si todos los dias he de tener que inutilizar lo que escribo, tenga vd. la bondad de hacerlo por mi, que yo ya no puedo mas, porque ni entiendo esta liorna, ni quiero acabar de volverme loco.

—Pues no hay remedio, PELEGRIN, tú lo has pedido, y es menester que hagas un esfuerzo mas para salir con tu empeño. Escribe con arreglo á estos últimos datos, y espero que no habrá ya nuevos cabos que atar.»

Retiróse el pobre TIRABEQUE cabizbajo y mústio, y encerróse en su cuarto, y allí pasó todo el dia y la noche del 10, elaborando su artículo sobre la famosa cuestion austro-italiana, El 11 se me presentó ya algo mas satisfecho, y me dijo: «Señor, no es mucho lo que he podido escribir, pero quiero enseñar á vd. lo que llevo hecho para que me diga vd. si vá bien asi; y una vez que la guerra es inevitable, y que segun los últimos datos ya la Rusia está mas en favor de la Francia que del Austria, verá vd. lo que digo acerca de esta señora que tanto nos da que hacer.

«No prosigas, PELEGRIN, y ata cabos. Hoy ha venido el discurso de la Reina de Inglaterra al prorogar el parlamento, acabo de leerle, y segun él ya no habrá guerra, sino que todo se arreglará pacífica y amistosamente: y esta es tambien hoy la opinion dominante en París: asi, pues, siento decirte que es inútil cuanto sobre la base de la guerra hayas escrito.

—Señor, me alegro en cuanto hombre; pero en cuanto escritor voto á tal que no me alcanza ya la paciencia por mas que trato de estirla: escriba vd. lo que quiera y se le antoje, señor, ó que lo escriba el diablo del Cármen, que para hombres formales como yo, no es el perder su trabajo todos los dias por esta inconsecuencia y esta informalidad de la que vd. se empeña en seguir llamando Europa y yo me confirмо en nombrar Liorna.

—¿Pues qué creías, que el escribir un artículo de política europea para una revista quincenal, en este caos y en este torbellino de sucesos, era cosa así de coser y cantar, como solemos

decir? Anda, anda, trabaja y suda, y á mañana te espero, y te advierto que falta ya poco para el 15, y que cuento con tu articulo.»

El pobre TIRABEQUE calló, obedeció y se puso á trabajar. Llegó en esto el dia 12, y le pregunté: ¿tienes algo escrito?

—Algo tengo, si señor, y me parece que no le disgustará á vd. lo que digo del Emperador de Rusia por haberse separado del Austria en esto de la causa italiana....

—¡Hombre, ó diablo! ¿qué has hecho? ya no hay nada de lo dicho acerca de la variacion de conducta del Emperador. Borra, borra, y ata cabos, PELEGRIN. Hoy justamente se nos descuelga con una carta sumamente espresiva al mariscal Radetzky, felicitándole por sus triunfos en Italia y por sus esfuerzos en sostener *los legitimos derechos de su soberano*, y nombrándole caballero de primera clase de la orden de San Jorge, que es la mayor distincion de su imperio. Con que ya ves tú qué modo de apartarse de la causa del Austria.

—Señor, por San Jorge bendito, hágame vd. el favor de relevarme de escribir, que me confieso rendido, y ya no puedo mas con esta Liorna.

—Trabaja, PELEGRIN, y revienta, que tú lo has buscado, y á mañana te espero.»

El 13 me traje un articulito basado sobre las palabras del discurso de la Reina de Inglaterra, en que daba casi por seguro un arreglo pacífico.

—«Pues borra, y ata cabos, PELEGRIN, le dije: las palabras fueron muy buenas, pero las noticias recibidas hoy de Francia son de que las escuadras de Marsella y Tolon deberán estar ya á estas horas sobre Civita-Vechia y Ancona; el general Lamoriciere ha sido nombrado general en jefe del ejército de los Alpes, y ya alguna division francesa deberá haber pisado el territorio del Piamonte. Ya ves tú qué trazas lleva esto de arreglo amistoso, cuando podemos dar por principiada la guerra.

—Ya no me incomodo, señor, y pierda vd. cuidado, que mañana le he de traer á vd. un articulito que no ha de encontrar vd. por dónde tacharle. Yo sabré cómo escribir en esta Liorna para no perder todos los dias mi trabajo.»

En efecto, ayer 14 se me presentó muy vanidoso diciendo: «Señor, á ver que tiene vd. que oponer á lo que traigo hoy, mas que haya los cabos que quiera. Comienzo así:

Habr  guerra,   no la habrá,
habrá lo que Dios quisiere,
y el resultado que hubiere
el tiempo nos lo dir .

—Pues mira, PELEGRIN, borra y ata cabos. Jamás en peor ocasion te ha podido dar gana de recurrir   ansibologias, porque hoy precisamente, ahora mismo acabo de ver que ya el gobierno de la república francesa ha comunicado de oficio   la Asamblea la aceptacion definitiva de la mediacion anglo-francesa por el Austria y el rey del Piamonte. Con que ya tenemos oficialmente asegurada la mediacion, y por consecuencia la paz.

—Bien venida sea la paz, mi amo, mas que yo haya perdido mis trabajos de 14 dias, y quiera Dios que no haya todavía nuevos cabos que atar, que t mome que con la mediacion y todo los ha de haber, y no pocos, y reniego de esta Liorna, que Liorna es por mas que vd. diga.

—Pues ten entendido para tu consuelo, PELEGRIN, que lo mismo que te ha sucedido con la cuestion de Italia, te hubiera acontecido con la de Dinamarca, y con la de Hungría, y con la del Danubio, y con la de Sicilia, y con cualquiera otra de las cuestiones europeas que hay pendientes, pu s es tan vario, y tan voluble, y tan contradictorio el giro que toman cada dia, que parece que la actual generacion europ ea se ha vuelto loca,   que los principes y los gobiernos y los pueblos se han vuelto niños. Y me alegro que hayas experimentado prácticamente lo que es escribir un articulo para una Revista Europea de 45 dias, si se ha de decir algo con fundamento y de que no haya que retractarse en la que sigue,   lo menos mientras dure esta Liorna.»
